


Entre los poetas míos...



**Jacques Viau
Renaud**

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Entre los poetas míos...

Jacques Viau Renaud

1942 – 1965

Nació en Puerto Príncipe, Haití, en julio de 1941. Su padre era un importante líder político haitiano, que fue candidato presidencial en Haití, en unas elecciones fraudulentas que François Duvalier “ganó”.

Llegó a la República Dominicana junto a sus padres cuando apenas tenía seis años de edad. Desde joven, Jacques se interesó por la literatura, que se convirtió en el instrumento a través del cual mostró su profundo amor y respeto por sus dos patrias: Haití y República Dominicana.

Estudió en la ciudad de Santo Domingo y se integró a los grupos literarios juveniles, participando en tertulias, escribiendo poemas y realizando lecturas de los mismos, junto a muchos de los que luego integrarían lo que hoy se conoce como *generación del sesenta* y/o *generación de posguerra*.

Realizó una labor docente y se vinculó a grupos como "Arte y Liberación", aquel grupo dirigido por el gran pintor Silvano Lora que en el patio del viejo ayuntamiento daba recitales de contenido social.

En relación a sus compañeros de generación, fue un aventajado, al poder leer francés y asumir una amplia tradición en la que se conjugaban los existencialistas ya mencionados con autores de la negritud caribeña y africana.

Al estallar el conflicto bélico conocido como Guerra de abril de 1965, rebelión que propugnaba por el retorno al poder del derrocado presidente Juan Bosch, se unió decididamente a las fuerzas rebeldes, formando parte del comando B-3.

Cayó abatido en plena Revolución de Abril, el 15 de junio de 1965, por el estallido de un mortero disparado por las tropas norteamericanas de ocupación. Contaba apenas 23 años de edad.

Su producción poética se encuentra dispersa en diarios y revistas de la época, que el Frente Cultural, agrupación constitucionalista constituida en la “Zona Rebelde”, reunió póstumamente en el libro *Permanencia del llanto*.

En este Cuaderno de Poesía dedicado al malogrado poeta incluimos el contenido completo del citado libro “Permanencia del llanto”, editado por Publicaciones del Frente Cultural en Santo Domingo, el año 1965.



Permanencia del llanto

Nada permanece tanto como el llanto

I

¿En qué preciso momento se separó la vida de nosotros,
en qué lugar,
en qué recodo del camino?

¿En cuál de nuestras travesías se detuvo al amor
para decirnos adiós?

Nada ha sido tan duro como permanecer de rodillas.

Nada ha dolido tanto a nuestro corazón
como colgar de nuestros labios la palabra de amargura.

¿Por qué anduvimos este trecho desprovistos de abrigo?

¿En cuál de nuestras manos se detuvo el viento
para romper nuestras venas

y saborear nuestra sangre?

Caminar, ¿hacia dónde?

¿Con qué motivo?

Andar con el corazón atado,

llagadas las espaldas donde la noche se acumula,

¿para qué,

hacia dónde?

¿Qué ha sido de nosotros?

Hemos recorrido largos caminos.

Hemos sembrado nuestra angustia

en el lugar más profundo de nuestro corazón.

¿Nos duele la misericordia de algunos hombres!

Conquistar nuevos continentes, ¿quién lo pretende?

Amar nuevos rostros, ¿quién lo desea?

Todo ha sido arrastrado por las rigolas.
No supimos dialogar con el viento y partir,
sentarnos sobre los árboles intuyendo próxima la partida.
Nos depositamos sobre nuestra sangre
sin acordarnos de que en otros corazones el mismo líquido ardía
o se derramaba combatido y combatiendo.
¿Qué silencios nos quedan por recorrer?
¿Qué senderos aguardan nuestro paso?
Cualquier camino nos inspira la misma angustia,
el mismo temor por la vida.
Nos mutilamos al recogerlos en nosotros,
nos hicimos menos humanidad.

Y ahora,
solos,
combatidos,
comprendemos que el hombre que somos
es porque otros han sido.

II

Ya no es necesario atar al hombre para matarlo.
Basta con apretar un botón
y se disuelve como montaña de sal bajo la lluvia.
Ni es necesario argüir que despreciaba al amo.
Basta con proclamar -ceñuda la frente-
que comprometía la existencia de veinte siglos.

Veinte siglos,
dos mil años de combatida pureza,
dos mil años de sonrisas clandestinas,
dos mil años de hartura para los príncipes.
Ya no es necesario atar al hombre para matarlo.
La noche,
los rincones,
no,
nada de eso sirve ya.
Plazoletas y anchas calles se prestan bulliciosas.
No cuenta el asesino con los pacientes,
no cuenta el príncipe con los sumisos.
Todos han olvidado que el hombre es aún capaz de cólera
Las llamas se extinguen sin haber consumido el odio.
El día irredento ha postergado la resurrección del hombre.
Y los otros,
aquellos que presencian la matanza sentenciando:
"Locos, habéis tocado a las puertas de la muerte
solo saben predecir la muerte
y ella se quedó con vosotros!"

Esos
sólo saben predecir la muerte.
no han aprendido a combatirla.
No han aprendido a cobijar la tierra en el corazón
ni a ganar la patria para el hombre.
Y el sumiso, ¿qué hace?
¿Dónde deposita su silencio?
¿En qué lugar del corazón teje la venganza?

Nadie lo sabe.
Todos le han olvidado.
Se ha dictaminado que su morada sea la sombra,
que el pan deshabitado sea su alimento,
que el pico le prepare el lecho
y la pala le cubra el corazón.

¿Qué es del hombre abatido?
Nadie lo recuerda.
Lo visten de trapos.
Lo arrojaron en la parte trasera de la casa
y allí
con los residuos
un guiñapo se amontona.
Las llamas se extinguen.
Se arrinconan los hombres en una sola sombra,
en un solo silencio,
en un solo vocablo,
en un llanto solo
y cuando todo sea uno,
uno el llanto y el vocablo uno
no habrá paz sobre la tierra.
¿No habrá paz?
Y aquellos que dictaminaron el destino del hombre,
los que jamás contaron con los sumisos,
amasarán con sangre su propia podredumbre.
¡No habrá paz!
¡Llanto para quebrar el llanto,
muerte para matar la muerte!

III

Las madres sintieron el temor de los hijos:
la diestra armada esgrimió su estandarte.
Unánime, el corazón del mundo se levantaba.
Unánime, el llanto golpeaba las gargantas
y las palabras se quebraban como gaviotas perdidas.

Los hombres marchaban al encuentro con la vida.
La sangre del hermano pavimentaba el camino.
La vida quería entregarse,
repartirse por todas las urbes pobladas
y remozar aquellas que la muerte habitaba.
Había paredes para detenerla,
hachas para los brazos que osaban alcanzarla.

La diestra esgrimía su estandarte.
Los hijos del sol enterraban sus pies en la tierra:
eran troncos de una marcha que empezó con el hombre
y que aún permanece en su carne.

La sangre ha nacido para ser derramada,
la vida que se difunda.
El hijo,
para que sorprenda el crepúsculo del padre
y recoja lo que merece conservarse.

No ha sido posible contener el llanto.
Aún permanece la bestia en el trono.
Aún se quiebran las rodillas bajo el sol
y la prole no adivina que la morada es suya.

Callamos,
nos doblegamos
y un rumor de patria que se quiebra, de espaldas combatidas,
de hembra que se corrompe
nos golpea.

Todo ha sido falseado por los hombres de odio abundante.
Todo ha sido traducido en llanto.

Y las proles?

Crecen entre almendros y muros de cartón,
bajo techos que las estrellas perforan.
Crecen como las plantas y los arbustos,
desterrados de la infancia,
desterrados de la urbe
que muchos hombres y muchas mujeres han levantado.

Qué ha sido del hombre?

Qué ha sido de la vida en esta tierra?

Nada ha permanecido tanto como el llanto.

Qué ha sido del hombre?

Qué ha sido de su morada y de su prole?

La tierra se ha hecho pródiga por su carne,
el suelo ha sido fecundo por su sangre,
los árboles han crecido desde su corazón derrumbado,
le han atado con sus venas al barro.

Unánime el corazón del mundo se levantaba,
tocaba las cimas

La diestra armada esgrimía su estandarte,
esgrime,
golpeaba,
golpea,
la vida se precipitaba,
se precipita.

V

Tengo miedo.
Han golpeado a tantos,
tanto y tanto caído,
tanto y tanto derrumbado.

Hemos padecido y habremos de padecer nuevamente.
Todos lo sabemos
y sabemos también que la sonrisa no es nuestra,
que nunca ha estado en nuestros labios,
en nuestras manos.

Hay algún camino que conduzca a la alegría?
Hay alguna ruta desconocida?
No.
Todas han sido holladas por el hombre,
todas conducen a la alegría.
Aún no hemos llegado.
Hay muros, celdas y centinelas.

Que nadie piense que llega a la alegría con la alegría:
Cuesta mucho ser hombre.
Duele mucho querer la alegría.
Tengo miedo.
Tanto y tanto golpeado.
Tanto y tanto derrumbado.
Hace tiempo que dura esta marcha,
esta búsqueda incontrolable.

VI

Que los hambrientos comprendan que la vida les pertenece
Que el callado plañidor de las calles,
edifique con lo que nunca sus manos han tocado.
Que el viento socave al almacén del llanto.

Es preciso que el silencio deje de secundar nuestra voz.
Que las sombras depongan su hostil armadura ante la vida
Precisamos de hombres tristes para hablar del hombre,
de mendigos trotamundos para combatir la bota.

Que los hombres de la tierra derriben los templos,
lancen corazones derribados a los dioses que predicán la muerte.
Pródiga la muerte que mata al que fecunda.
Pródigo el cañaveral que se alza devorándonos.
Pródiga la fiebre que nos consume,
a pesar de las raíces y de las hojas amargas.

Se han congregado los plañideros para abordar el día.
¿Cuál será el lugar que sus brazos ofrezcan,
Cuál el camino que a recorrer invitan?
¿Qué preciado tesoro inventar con sus mentes afiebradas
para que yo,
sencillo mediador de palabras
adivine un silencio más largo que toda la sordera del mundo?

Tengo miedo.
Tanto y tanto golpeado
Tanto y tanto caído.

Muchos creyeron en la posibilidad de la muerte.
Otros en la posibilidad del arribo.
Milenarias voces fatigadas levantaban un clamor.

Toda la genealogía de la tristeza combatía por la pureza.
Muchos antes de nosotros empujaron la barca,
otros después de nosotros continuarán empujándola.

No hemos sido los primeros,
no serenos los últimos ciertamente,
pero somos lo que del hombre no ha cesado de ser.

Los niños apretujaban su inabordable tristeza.
Sus rostros domeñaban los corceles,
mas la máquina arremetía.

¿Cómo reconquistar la vida para el hombre?
¿En qué lugar del corazón dar forma a la venganza?
¿En qué rincón deshabitado recomponer la alegría?

Toda la prole de los callejones,
toda la gente de la periferia,
toda la adolescencia de la tierra concurría al encuentro con la vida
y un olor a pureza machacada abundaba en el viento.
No ha habido tregua,
toda la prole acarició la sangre en los rostros amigos
que apetecían la vida.

Crecieron de pronto los niños de la patria.
Sus miradas se han hecho inexpresivas,
parecen continuamente azorados o ciegos.
Han comenzado a ver y a oír y a sentir,
ya saben que hay abundancia de dones,
que hay estrellas a la altura de sus cabecitas para guiar al hombre,
que hay techos de dureza, manos, hombres y mujeres
y aun: niños de dureza.

Han crecido ya los últimos testigos de estos días
y la tierra tarda en prodigarse.
Las niñas también han crecido.
El sexo las acosa con fiebres,
sus vientres acumularon ventarrones.
Ahora hay collares en sus cuellos
y en sus ojos noche,
temblores en sus senos
y en sus ovarios muerte.

Volvió el hombre a su morada
con la antigua sensación de muerte en los labios.
Nada ha permanecido tanto como el llanto.
Hemos sido testigos del esfuerzo de unos brazos,
del hombre que mordiera el pavimento gritando la palabra redentora.

VII

Aún transcurren los días
sin que el hombre pueda contra el llanto.
Se entrecruzan palabras batidas por el viento
y el amor padece el exilio del hombre.
Nada sabemos de aquellos que el odio abatiera.
Nada pudimos contra el poder del rencor.
Muchos de nuestros hijos fueron arrebatados,
mientras crepitaba en los crematorios la llama.

Todo parece inmóvil
Siempre la misma estación de llanto y muerte.
Siempre la misma duración de agobios.
¿Cómo despertar al hombre?
¿Cómo desatar el miedo que lo tiene amortajado?
Es preciso que rompamos el transcurso de estos días,
que combatamos el odio con las armas de la arcilla.

Los hijos más jóvenes se lanzaron en pos de la pureza.
Los padres temieron por el pan de cada día,
han aprendido a permanecer en la abstinencia.
Ya no comprenden que la primavera es posible.

Los hijos más jóvenes tomaron por asalto un día la alborada,
se proclamó el restablecimiento de la pureza y los ancianos
de esta tierra apenas comprendieron que la vida con sus riesgos
estaba con ellos.

Se han alzado brazos para detener la vida,
brazos modelados en los puertos a golpes de salitre,
brazos modelados en la fragua donde el acero
proclama su doblegada palabra.
Manos que de la tierra arrancaron la vida
repartiéndola entre las proles enfermas.

Ya no hay más que hombres combatidos que combaten.
Mujeres que han aprendido a proteger su sexo.

El odio multiplica sus centinelas para que el hombre
retorne a la sumisión.

Pero ya no es probable ese retorno.

Hemos aprendido que la primavera es posible.

VIII

Hemos ido acumulando corazones en nuestro corazón,
palabras en nuestra voz quebrantada por azadones.
Hemos dejado huellas por todos los caminos
y algunos de nosotros ya no estamos.
Hemos ido de manos con las sombras,

Nuestro andar es un grito estacionado.
Por cada paso, un día que transcurre.
Por cada palabra, mil palabras que vocifera la prole.
Qué será de nosotros después de esta larga travesía?
Poco importa si el mármol o la piedra eternizan
nuestro corazón de húmedo barro.
Nos basta con que nuestra voz perdure en la voz
del amigo, en la del compañero de rutas que nos tendió la mano
cuando se aproximaba la caída.

Hemos llenado muchos de los vacíos que nos legaran.
A otros toca llenar los que nosotros dejamos.
Apenas tuvimos tiempo para remendar la herencia.

¿A qué corazón irá nuestro corazón a depositarse?
¿A qué silbido irá nuestro silbo a renovarse?
Nada sabemos,
cumplimos una jornada que empezó antes que nosotros
y que no concluirá con nosotros.

IX

El hombre camina amasando con caliche la palabra redentora.
Doblega la vida con sus manos rotas
y enarbola su pregón de vida mutilada.

Han colocado su cabeza en canastos.
La ofrecen en pública subasta.
Han colocado candelabros en su ruta
y cirios y mantos negros
y argollas de acero.

No debe olvidar que solo tiene un camino.
No debe dudar de que su vida es ajena,
que no le pertenece,
que nunca le ha pertenecido,
Y camina arrastrando su manto de pordiosero,
alimentado de fiebres y ancho cielo,
de palabras y callejuelas aullantes.
Y sin embargo, el hombre no ha nacido para morder el polvo
ni para silenciar la palabra.

No ha nacido para contemplar el llanto
sino para hacerlo grito,
arma que rompa los muros del dolor difundido.

Habrá que buscar al fabricante de la muerte.
Habrá que golpear aunque sea sin manos,
gritar aunque sea sin voz contra los que difunden el llanto
y guardan la sonrisa.
El hombre no ha podido reír,
le ha tocado tan solo morder el polvo.

Mirad el corazón del hombre,
es un puñado de sangre bajo el cielo.
Mirad el corazón del hombre:
es una estrella postrada sobre su propia sombra.

Miradlo,
es una lágrima que corre sobre raíles enmohecidos.
Mirad el corazón del hombre,
es nudo de ira atrapado por la sangre.
Hombre, he aquí tu rostro;
Mujer, he aquí tu carne;
Joven corajudo, he aquí tu tumba recién cavada.

Oh, pobre muchacho, no dejaste tu semen frutecido en la tierra:
No pudiste sembrarte en la mujer que amabas.
!No te dieron tiempo!
Pero no importa.
Yo me declaro tu hijo
y en tu nombre elevaré mi voz
porque en mi nombre sellaron tus labios.

X

A Rafael Campusano.

Dulce la tierra que protege
la disgregada muchedumbre de células que tú animaste
y por el sendero marcado por los glóbulos
edifica pesados silencios
para los que aún permanecen.

Ahora no sé dónde encontrarte,
si en la luminosa trayectoria de las lunas dormidas
o en la impenetrable dureza de las sombras.

Quizás
hayas dejado recuerdo hecho piedra
donde puedan mis manos de tiempo en tiempo
acariciarte el rostro anohecido.

¿Por qué hubo llanto en tu vida?
Tus ojos y tu carne chorreaban lagrimones
como para ahogar muchedumbres,
como para lavar al mundo.
Cada lágrima tuya abría nichos en la tierra,
soles terrenales fragmentaba,
voces de recobrada dulzura.
¿Escuchas, amigo, lo que ahora mi corazón proclama,
el silencio que recopila recuerdos
y anuda en la garganta miles de voces?

¿Escuchas este clamor, hombre de testa sombría
donde crecen flores y plantas oscuras,
donde la savia reconstruye la trayectoria de la sangre?
¿Escuchas, amigo mío,
de esta permanencia de luces y sombras,
de combates que nunca se deciden,
de ideas y retornos,
de este lento transcurso de sollozos
el recobrado clamor de los hombres todos

reclamados para discutir tu palabra,
levantar osamentas
y cavar fosas para muertos grandes?

Escucha.
Debes escuchar,
es tuyo este silencio que subleva,
ruido que adormece desde nuestras manos naciendo.
Tuyos estos corazones que albergan la herencia,
tuya esta permanencia del coraje,
tuyos
todos estos brazos y piernas,
y bocas y ojos que quieren multiplicarte,
que quieren reconstruirte,
recobrarte
con lágrimas
y palabras y quejidos.
¿Escuchas?
Debes escuchar desde tu momento de enmudecido pregonero,
inalterable presencia de las sombras.

Escucha
lo que de ti guardaron los ecos,
lo que de nosotros no pudiste llevarte.
No volverás,
¡no, no volverás!
No retorna el viento con las palabras pronunciadas,
estás mudado, mudado de belleza,
mudado de tristeza,
en definitiva pertenencia de siglos establecido.

¿Quién predijo que los hijos de la tierra
rencor anidarían en el corazón?
¿Quién supuso la existencia del moho
cuando fuimos congregados para hablar del amor?
¿Quién predijo, pero quién,
el nacimiento de estos hombres a la pura permanencia
en pleno día,

ante todos nosotros que ahora sollozamos,
ante todos nosotros que ahora nos interrogamos?

¿Escuchas?

Debes escuchar, amigo, hermano,
camarada de la dura jornada,
es tuyo este clamor de hombres mudos gesticulando,
de mujeres vendadas difundiendo ternuras,
de lámparas sin gas parcelando la luz.

¿Quién predijo, pero quién,
esta mudanza terrible del hombre en criatura del odio?

XI

Hablo del abatimiento que se cumple en nosotros,
de lo que no ha sido por culpa de nuestro silencio,
de lo que ha muerto porque nuestro corazón no quiso
emprender la marcha.

Hablo ahora para todos
del agobio que se cumple en nosotros,
del abatimiento de la luz en la morada del hombre.
Nos encerramos en nuestra anatomía,
tapamos nuestros poros
para que ni el aire saboreara el poco de luz heredado.
Hemos pagado caro nuestro miedo de morir.
Hemos pagado caro nuestro derecho de estar solos,
a no sentir y a no ver,
a no escuchar siquiera.

Hoy
cuando en nosotros se cumple la quebradura del canto
aprendemos lo que cuesta abandonar al hombre.
No supimos ser comensales del fuego
y hemos sido comensales del llanto.
Hemos pagado caro nuestro orgullo.
Ya no son más que sombras y polvo
los que establecieron la posibilidad del canto.
Hemos pagado caro nuestro miedo de morir.
Ganamos una muerte más dura que la tumba.

XII

Creemos abatiendo corazones
y a medida que nos alejamos de los lugares comunes,
crece la herida que heredamos de nuestro padre
y de aquellos que no fueron nuestro padre.

Cierra los párpados el niño que duerme en nosotros
y comenzamos a hilvanar caminos.

Nuestra herencia se compone de algunas palabras,
de algún abuelo corajudo
o de algún hombre que estableció sobre esta tierra
su derecho a la vida.

Nada poseemos
y sin embargo podemos modelar
o levantar pirámides para cobijar el pasado
o quebrar el llanto que se cumple en nosotros.

El hombre vino desposeído de armaduras.
Vino con chillidos que se hicieron palabras.
Vino confiando y comenzó sonriendo la jornada.

No tardó mucho el llanto.
No se hizo esperar la bestia.

Ahora debemos levantar la lumbre con nuestras manos
hechas para quemarse
Derrumbar las alambradas hechas para dividirnos
y devolver al niño su palabra de niño,
su juguete de niño:
nada de acorazados infantiles
ni de espadas reducidas.

Flores para su frente y colores para burlar el sol
y cantos y sonrisas para que las difundan,
para que disminuya la fatiga del padre,

para que contenga la lágrima de la madre que hila.
Nada poseemos y sin embargo podemos modelar.

XIII

Hemos derramado la simiente a la puerta del crematorio.
El sol se ha depositado en los pinos empujando al viento.
El viento trae el olor a húmedo de la entraña del continente.
Olor que se ha ido alimentando de nuestra carne por siglos.
Hay humedad en el viento,
humedad de ríos y riachuelos acurrucándose en la piedra.
Humedad de cielo y tierra apareándose,
de planta recién brotada,
humedad de tubérculo naciente.
El sol y la tierra apareándose para que la vida permanezca.
Sol y tierra para que el hombre acumule bondades.
¡Cómo ha cambiado el destino de esta tierra!
Sol y tierra:
Sol para alumbrar muertos que navegan por rigolas.
Tierra para acogernos sin protesta.
¿Y el viento?
Dispersando polvo indiscriminadamente.
¡Cuidado!
Hay polvo de hombre en el polvo del mundo.
¿Quién ha cambiado el rumbo del viento?
¿Quién dispuso cerrojos para los graneros?
¿Quién desvió la daga hacia el corazón del hombre?

Hay hombres acaparando el día.
Hay hombres bestias doblegando la ternura,
cabalgaduras de aluminio llevando la muerte,
tras trompetas de oro anunciando que la vida concluye.
Han sido sometidos los portadores de palabras,
aquellos que pensaron que bastaba decir la palabra
para que todos la oyeran y la amaran.

XIV

Hubo una ciudad bajo una lluvia de recuerdos.
Hay una ciudad bajo una lluvia de sangre.
La divide el agua llenándola de aromas acuosos,
lavando muros y hombres.

Hay una ciudad bajo una lluvia de sangre,
abandonando la madera y las lianas,
alcanzando el ladrillo y el cemento.
Prolongadas raíces de hierro escudriñan la tierra
y soportan elevadas palabras de sílice y cal.
Aquí hace tiempo que la vida viene mutilándose.
Se escuda en las cunas.
Padece en los hospitales.
Y se va repitiendo.
Se marcha. Retorna. Avanza.
Prostitutas hermosas como caracoles abundan en sus calles.
Vagos que acechan el paso de la pureza.
En los palacios, en las asambleas,
corazones muertos proclaman la necesidad del silencio.
Nada habremos de aprender de los lictores que enmudecen.
Nada arrancaremos a los hombres de frac
que no sean rosas muertas.
Cómo levantar los muertos en una insurrección de sombras
en contra de la muerte?
Cómo edificar la vida en estas latitudes del odio?
Se dilata la urbe y la alegría se contrae.
La ciudad está desnuda,
desnuda de palabras,
desnuda de hombres con vigor en las venas.

Abundan cazadores nocturnos, vagos sin ley ni palabra.
¡Ah! Y niños que deambulan asombrados,
cabecitas despeinadas aprendiendo la noche,
preguntando a los ancianos el nombre de las constelaciones.
Miradas dulces como de estanque,
sin larvas ni musgo, sin naufragios.

Todo esto por las calles.
La vida, el cieno, la pureza.
Ciudad edificada al borde de las aguas
por hombres de duros bronce y brillantes arcabuces.
No hay monumentos más que para el conquistador
o el cruel guerrero que pariera esta tierra en su transcurso.
Bronces para la espada y las armas todas,
nada para el rostro de algún niño
o de algún jovenzuelo que creció asustado
o de alguna muchacha que murió pariendo.

Toda una ciudad para la muerte.
Pacios sin parcelas para el juego.
Parque con estrechos cementerios y árboles descuidados
para amantes pordioseros o escapados dementes.
Urbe dividida por las aguas.
Muros que golpean.
Hombres dibujando caminos,
mujeres cargadas de semen maldito.
¡Oh, ciudad
toda una necrópolis para el hombre!

XV

Calles.

Pasos que se combaten.

Puertas y ventanas entornadas.

Viento que a hurtadillas sustrae las palabras.

Es invierno.

Mugre en los cerrojos de la luz.

Temblor de labios.

Cantos que se derrumban.

Quebradura de alas.

Calles,

edificios altos y opacos.

Plazoletas, niños que juegan en la tarde,

balones que se elevan alzando la pureza de la tierra.

Húmedos resplandores en el crepúsculo.

Temblores nacientes

en la noche de entumecida sombra.

Calles,

hombres y mujeres apretujándose.

Temor que cunde en los huesos.

Temor en los barrios altos de casas pequeñas y tristes.

Temor en la carne estrujada desprovista de abrigo.

Calles,

edificios opacos,

días largos como estremecimientos,

palabras agarrotadas,

soledad sola.

Llanto.

Calles.

Altos barrios con sus hombres y mujeres de miedo,

con sus niños y sus niñas de miedo,

con sus casas de pesado cielo azul,

con su penumbra de estrellas lejanas.

Calles.

Abandonada soledad.

Llanto.

XVI

Dura brisa,
rumiante nave de transparentes remos,
hiende el espacio con tu quilla de alientos
y muéstrame el corazón vagabundo.

Dura brisa,
peregrina nave,
muéstrame el polvo de otros continentes,
las hojas de otros árboles.

Acumula en mí los olores de otra selva,
de otros bosques,
quiero penetrar en todo lo que nunca mis ojos han tocado,
en todo lo que me es lejano,
en toda lejanía.

Dura brisa,
frío temblor,
suave cristal resbalando por el espacio,
finísima !lágrima de cielo rodando.
Peregrina,
muéstrame de otros lugares el llanto,
de otros lugares las lágrimas.
Quiero saber si pesan tanto como las nuestras,
si son tan puras de tan tristes.
Anda,
dame noticias del hombre de otros países,
de su cotidiano quehacer en su mundo.

Dura brisa,
cristal de frío en diciembre,
acumulado aliento,
tráeme el sabor de otros labios,
el vaho amargo de otros continentes,
el grito de los hombres,
arrastra hasta mí lo que de combatida pureza

permanezca abandonado

Dura brisa,
rumiante nave de transparentes remos,
peregrina,
con todas tus regiones,
con todas tus selvas y bosques poblados de sierpes y flores,
de frutos y aves,
con todos tus peces y tus islas
acumúlate en mi corazón,
cobija en él tu memoria.

XVII

Hombres,
vuestras manos tiznadas de negro,
carbón humanizado,
golpean la dureza del tiempo transcurrido.

Hombres,
hay rumor de quebradura en los huesos,
polvo naciendo en nuestro cuerpo,
de nuestro cuerpo
como de sumergida sal.

Hombres,
dejad vuestros nombres en el gran libro del llanto,
derribad la pirámide levantada con sangre,
negad con las manos tiznadas,
con la palabra combatida
antes de que el polvo se desprenda del corazón.

El viento apaga las ascuas de nuestro cuerpo,
revienta nuestros labios,
arranca nuestro pelo,
hebra tras hebra,
y las va juntando
y las va atando
hasta hilvanar una larga palabra que entumece los oídos.
Aún hay tiempo de decir la palabra.

Hombre, apresúrate,
asume la herencia sin temor,
levántate.
Por los que nada vieron ni oyeron.
¿Quién ha dicho que puede cruzar el pantano sin enlodarse,
que se puede cambiar bajo la lluvia sin mojarse?
¿Quién ha dicho que nada se compromete con no ver y no escuchar'?

Que nadie alegue ignorancia.

El hombre estuvo a nuestro lado con su grito auestas.
Los que no vieron que padezcan por no haber visto.
Los que no escucharon que padezcan por no haber escuchado.
Los que no han padecido que padezcan por no haber padecido
Adviene el tiempo de la siembra.
Es preciso limpiar la tierra de cizaña.

XVIII

Salvo la palabra del hombre
todo ha concluido en estas regiones.
Sobre la tierra los árboles y los niños.
Bajo la tierra... los hombres.
Todo ha trascurrido como si nada temiera la muerte.
Fue tan abundante la cosecha del odio,
tan numerosa la prole de catafalcos.

A todos tocó sangre,
a todos tocó silencio
Volvió la vida a la tierra.
Volvió la palabra al silencio.
Volvió la luz a la tiniebla.
¡Qué labor emprender ahora que el hombre concluye esta jornada!

Los muertos no llaman a los vivos.
Han dejado de escudriñar.
Nosotros les prestamos pensamientos y palabras.
Los muertos no apetecen.
No piden.
Son los vivos quienes precisan de nuestra palabra.

La vida se derrumba,
algo queda,
hay una herencia que defender,
nombres que prolongar.
Ay de nosotros si no recogemos la simiente abatida,
si no modelamos con polvo de nombre
el corazón que la tierra reclama.
Hombres,
avivad el fuego.

Mujer, ata a tus ovarios semen y al corajudo
que la vida exige ser vida,
que el amor proclama la necesidad de ir más allá de nuestras vidas.

Bibliografía:

- [Renaud en Wikipedia](#)
- [Renaud, poeta combatiente](#)
- [Poesía recitada: Cielo Naranja](#)
- <http://mediaisla.net/revista/2010/01/palabras-para-jacques-viau-renaud-nino-de-polen-y-mazorca/>
- <https://poetassigloveintiuno.blogspot.com/2010/12/2588-jacques-viau.html>
- [Libro pdf: Permanencia del llanto](#)

Colección de poesía social

“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|----|------------------------|----|---------------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymeric | 43 | Elvio Romero |
| 2 | León Felipe | 44 | Agostinho Neto |
| 3 | Pablo Neruda | 45 | Dunya Mikhail |
| 4 | Bertolt Brecht | 46 | David González |
| 5 | Gloria Fuertes | 47 | Jesús Munárriz |
| 6 | Blas de Otero | 48 | Álvaro Yunque |
| 7 | Mario Benedetti | 49 | Elías Letelier |
| 8 | Erich Fried | 50 | María Ángeles Maeso |
| 9 | Gabriel Celaya | 51 | Pedro Mir |
| 10 | Adrienne Rich | 52 | Jorge Debravo |
| 11 | Miguel Hernández | 53 | Roberto Sosa |
| 12 | Roque Dalton | 54 | Mahmud Darwish |
| 13 | Allen Ginsberg | 55 | Gioconda Belli |
| 14 | Antonio Orihuela | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 57 | Otto René Castillo |
| 16 | Jorge Riechmann | 58 | Kenneth Rexroth |
| 17 | Ernesto Cardenal | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 18 | Eduardo Galeano | 60 | María Beneyto |
| 19 | Marcos Ana | 61 | José Agustín Goytisolo |
| 20 | Nazim Hikmet | 62 | Ángel González |
| 21 | Rafael Alberti | 63 | Manuel del Cabral |
| 22 | Nicolás Guillén | 64 | Endre Farkas |
| 23 | Jesús López Pacheco | 65 | Anna Ajmatova |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 66 | Andrés Bellón |
| 25 | Denise Levertov | 67 | José Portogalo |
| 26 | Salustiano Martín | 68 | Julio Fausto Aguilera |
| 27 | César Vallejo | 69 | Aimé Césaire |
| 28 | Óscar Alfaro | 70 | Carmen Soler |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 71 | Fernando Beltrán |
| 30 | Elena Cabrejas | 72 | Gabriel Impaglione |
| 31 | Enrique Falcón | 73 | Roberto Fernández Retamar |
| 32 | Raúl González Tuñón | 74 | Affonso Romano |
| 33 | Eberto Padilla | 75 | Wisława Szymborska |
| 34 | Wole Soyinka | 76 | Francisco Cenamor |
| 35 | Fadwa Tuqan | 77 | Langston Hughes |
| 36 | Juan Gelman | 78 | Francisco Urondo |
| 37 | Manuel Scorza | 79 | Carl Sandburg |
| 38 | David Eloy Rodríguez | 80 | Silvia Cuevas |
| 39 | Lawence Ferlinghetti | 81 | Victoriano Cremer |
| 40 | Francisca Aguirre | 82 | Nicanor Parra |
| 41 | Fayad Jamis | 83 | Ledo Ivo |
| 42 | Luis Cernuda | 84 | Amiri Baraka |

Colección de poesía social

“Entre los poetas míos...”

- 85 Muriel Rukeyser
- 86 Jorge Etcheverry
- 87 Alí Ahmad, “Adonis”
- 88 Víctor Valera “El Chino”
- 89 Attila József
- 90 Daisy Zamora
- 91 Eugenio de Nora
- 92 Mario Jorge de Lellis
- 93 Floridor Pérez
- 94 Yannis Ritsos
- 95 Rosario Castellanos
- 96 Agustín Millares
- 97 Jesús Lizcano
- 98 Amílcar Cabral
- 99 Charles Reznikoff
- 100 Antonio Machado
- 101 Matilde Alba Swan
- 102 Juan T. Ávila Laurel
- 103 Ferreira Gullar
- 104 Andrés Eloy Blanco
- 105 Bertalicia Peralta
- 106 Jorge Barco
- 107 Angelina Gatell
- 108 Pier Paolo Pasolini
- 109 Conrado Santamaría
- 110 Diana Morán
- 111 Uberto Stabile
- 112 César Cantoni
- 113 Youssef Saadi
- 114 Alejandro Ippolito
- 115 Patricia K. Vergara Sánchez
- 116 Pedro Lezcano
- 117 Jacques Viau Renaud

Continuarán

Cuaderno 116 de Poesía Crítica

JACQUES VIAU RENAUD

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

10/07/2018

∅